

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pts
Suscripción: España un trimestre	1'00 "
" Extranjero "	1'50 "

En época de elecciones

Estamos en plena comedia electoral. Los cómicos de la política, al igual que los del teatro, ponen en práctica cuantos medios les surgen su imaginación para conquistar los aplausos del público, en la esperanza de que el próximo domingo se han de convertir los aplausos en votos.

La clase trabajadora se ve halagada estos días por esa clase media que envidiosa del lujo en que vive la aristocracia, aprieta en sus talleres, sin cesar, el torqueto de la explotación, para convertir el sudor y la sangre de sus obreros en Soberbios Automóviles donde exhibir su lujo y poder codearse con aquellos a quienes envidia.

Y a esta clase media, la más egoísta de todas, es la que quiere reprimir el jefe de un partido político que tantos obreros cuenta y casi todos irredentos.

En estas, como en todas las elecciones, son dos elementos los que se disputan el derecho de administrar y gobernar al pueblo: las clases conservadoras que se creen destinadas por derecho divino a ser eternamente nuestros tutores y las clases hipócritamente llamadas liberales, que importándole poco la libertad, cuya bandera les sirve de lema, persiguen sañudamente a los que tomando en serio sus predicciones pretenden llevarlas a la práctica.

Así se ha dado en Barcelona el vergonzoso espectáculo de que los dos bandos que se titulan republicanos y hasta revolucionarios, el uno haya calificado de hechos vandálicos los sucesos de julio, y el otro haya apostrofado a los que por un sentimiento de solidaridad hacia sus hermanos en lucha, recientemente, pretendieron demostrar sus simpatías, contribuyendo desde su periódico a agravar la situación de los presos.

Es la comedia electoral, como el drama «D. Juan Tenorio», una farsa que se repite a fecha fija. El drama, a pesar de sus bellezas literarias y de la apostura y seriedad de sus actores, no ha dejado de ser para el público una cosa teatral, una farsa; ¿qué hay en la comedia electoral, que subyuga a una gran parte de la clase trabajadora haciéndola olvidar sus intereses para defender los de sus naturales enemigos? ¿no han bastado 24 años de sufragio universal para demostrar que con la papeleta electoral no sólo no ha de conseguir su liberación económica, sino que tampoco su liberación política, que ha de estar siempre supeditada a la razón de Estado?

Y aquí creemos oportuno citar algunos párrafos, que vienen como anillo al dedo, de la obra «La ignorancia del derecho» de don Joaquín Costa, que es indiscutible autoridad en el asunto que tratamos:

«El liberalismo siente aversión a la llamada soberanía de derecho divino, considerándola atentatoria a la dignidad del hombre; pero no se decide a reemplazarla por la soberanía del pueblo, al menos activa, porque la encuentra destructora de esa uniformidad militar que le reduce, y discurre substituir la por una coparticipación de lo más original que se ha inventado en la historia.

Tú, pueblo, y yo, legislador, ejerceremos, mancomunadamente la soberanía: teóricamente, ésta residiría en tí, y nada más que en tí; pero a condición de que sea yo, y nada más que yo, quien la ejerza, ó, más claro: cada año la ejercerás tú un día, el día de las elecciones, y yo los trescientos sesenta y cuatro días restantes.

Y con efecto, el día de las elecciones se le pone al pueblo manto de púrpura en la espalda, corona de oro en la cabeza: el aspirante a legislador, postrado de hinojos delante de él proclama César, *rex mi juris*, lo agasaja y adula, agotando el manual del perfecto cortesano; solicita de él como un favor la carga de servirle de balde. Pero cayó la papeleta, como si dijéramos el cetro, en la urna, y se acabó la soberanía: el concejal el diputado, el senador, el ministro descienden al pueblo la corona, echan una losa sobre su voluntad, le mandan como a un recluta, llevándolo al calvario del Municipio y del Congreso, lo crucifican á discursos y á leyes imperativas y le condenan por desobediencia y mal criado si se permite tener opinión sobre lo que más le conviene y traducirla en un desuso, ó en una costumbre, ó en un «se obedece, pero no se cumple». Y esto, no así como quiera, sino con *inri*; en un país donde el vicio del sistema no es siquiera el que Gladstone denunciara en Inglaterra, la gerontocracia, el gobierno por

los viejos, sino al revés, la gerontocracia, el gobierno por los niños, en que el Parlamento ha degenerado en un lugar de juego, adonde los muchachos que no tienen aptitudes ó gusto para el estudio ó para el trabajo van á divertirse impiamente con el país, convertido el sistema, por culpa de hombres que se proponen pasar á la historia con fama de serios en una especie de candoroso Jesús apartando á los electores de las urnas y diciéndoles con bondad infinita: «Dejad que los niños se acerquen á mí!»

Esto, dicho por un hombre de la significación de Costa, que ha merecido el calificativo de ser uno de los políticos más honrados, tiene gran importancia en los actuales momentos, y nosotros no hacemos más comentarios. Háganos los que candidamente creen que la papeleta electoral es un arma revolucionaria.

Ni Francia, ni Portugal, ni el Brasil, ni en la actualidad la China, derrocan á sus instituciones con papeletas.

Fragmentos

Un diputado que no quiero nombrar, pero que por su condición política debiera haberse enterado de la situación de Barcelona, me manifestó, con aires de convicción, que no se alteraría el orden lo más mínimo y que lo de la huelga sería una respetable «ramama».

Todo lo cual, sin variación apreciable ahora, me convence de que los únicos cuyo estado social les induce a sanas rebeldías, son los obreros, los que tienen constantemente encima la férula del egoísmo y las injusticias del capital.

Como no hay un partido republicano bien organizado, no hay, tampoco, en Cataluña, un partido político revolucionario. Y esto me atrevo a sostenerlo, dígame lo que se diga, y enfadese quien se enfade.

Revolucionarios son los que promueven revoluciones, no los que las reflejan. Esta última es una acción puramente secundaria, que no sirve más que para desorientar.

Y los obreros saben bien que deben permanecer alejados de la política, procediendo con circunspección é independencia.

Porque son los únicos revolucionarios que sienten y practican la revolución

ARTURO MORI
en «El País».

Los republicanos, así de la Conjunción como de los radicales, no han tomado parte, colectivamente, en este movimiento revolucionario. Con indignación lei en *El Pueblo* del domingo una impertinente invitación de la Junta municipal para tratar de las elecciones municipales. ¿Pero es que en Noviembre va á haber elecciones? ¿Es que vamos á tolerar que siga Canalejas en el Poder? ¿Es que va á haber todavía imbéciles que encumbren mamarrachos, cobardes y farsantes? Pensaba relatar sin hacer comentarios; pero la bilis borra el buen propósito.

En la calle de Gracia, donde está la Casa del Pueblo, cerrada por la autoridad y cercada por la fuerza pública, hubo bastante agitación. Las mujeres públicas—¡qué superiores, las pobres, en honor, en decoro, en patriotismo, en dignidad á los hombres públicos, liberales y republicanos!—gritaron y hasta tiraron tientos. Bastó esto para que se hicieran descargas y se tirara al asomar la cabeza curioseando por los balcones.

¿Qué se ha hecho de nuestros diputados? ¿Son ya verdura de las eras? ¿No tienen aliados ni para protestar contra la falta de un ejército colonial ni contra la prohibición de los mitines? ¿Confían todavía en Canalejas? ¿Se han perdido? Si es así, no doy una «aguileta» (0,05) por el hallazgo.

De Barcelona he leído una carta de un radical de aquí. Habla de una reunión celebrada en la Casa del Pueblo el día 17 por la noche. Habló Emiliano Iglesias condenando el movimiento por antipatriótico é inoportuno. Quisieron pegarle.

Yo he dejado de ser republicano y siento no poder dejar de ser periodista. Siento vergüenza y lástima de mí mismo.

El honor del republicanismo español (Unión, conjunción, radicales, etc.), está en la Cárcel con Julián Besteiro, honra de la institución libre de enseñanza y de la Universidad española, colmena de cucos.

A él y á Medinaveitia, y á los muertos y á los presos en estos tumultos envío un saludo admirativo. Son los únicos españoles, son los únicos hombres.

¡Y decían unos queridos compañeros de *El Radical* á Toribio Sanz, mi compañero, que estaban preparados y que ya no habría sorpresas! Ya lo he visto. Hemos vuelto á ser dolorosamente sorprendidos,

Y, sin embargo, la revolución se hará, no ya á pesar, como escribí hace años, sino en contra de los republicanos.

RUBERTO CASTROVIDO
(en *La Publicidad*)

¿Un partido obrero universal???

Todo se perdió menos el honor

En el manifiesto recientemente publicado por los socialistas barceloneses se lee esa extraña frase:

Veamos: Ante todo ha de considerarse que la generalidad de los sustantivos en nuestro idioma, la palabra *partido* uno de tantos, carecen de significación exacta y tienen diversas acepciones, y, por lo mismo, ha de establecerse cierta concordancia entre el que habla y el que escucha para que resulte persuasión y acuerdo.

Un *partido* es una agrupación política nacional, que se propone el gobierno de una nación con programa determinado.

La palabra *partido*, en su significación política, es, pues, exclusivamente nacional, porque no hay gobiernos internacionales ni menos universales.

Sin embargo, los socialistas barceloneses, constituidos en partido obrero (?) local, dependientes de un partido obrero (?) nacional, hablan con admirable aplomo de *partido obrero universal*, olvidando que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», que su emancipación «no es un problema local ni nacional» y que «la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material»; verdades firmes, constantes, salvadoras, como hitos marcados en la vía del progreso.

También escriben «los socialistas: «El deber y el honor nos llevó á los socialistas á iniciar é integrar la conjunción republicano socialista...»

Pero antes los socialistas españoles habían dicho siempre, y en esta constancia fundaban su honor, que aspiraban á la conquista de los poderes públicos. Formando un partido obrero nacional, independiente, libre de toda ingerencia burguesa, y como tales habían luchado ardentemente contra los republicanos. Todo el mundo lo recuerda.

¿Qué honor y qué deber son esos que obligan hoy á lo contrario de lo que obligaban ayer?

Dirigiéndose á los trabajadores españoles, escrito está y firmado por Paulino Iglesias, que sabido es que hoy se llama Pablo Iglesias:

«Es menester que no fiemos á ninguna clase, á ningún partido, á ningún poder la obra de nuestra emancipación.»

Conque primeramente el honor socialista estaba en no confiar en ningún partido; después el honor socialista consiste en confiar en la *mitad de la entidad republicana*, el partido republicano conjunción, y en desconfiar de la *otra mitad*, el partido republicano radical, anatematizado por Azárate y Pablo Iglesias.

Y resulta en buena lógica:

1.º Que el partido socialista barcelonés no es verídico al considerarse unido al proletariado mundial, porque á los trabajadores de todo el mundo les importa un bledo que Reoyo y Estrada sean concejales.

2.º Que el partido socialista barcelonés, lo mismo que todo el partido socialista español, olvida los principios fundamentales de la Internacional, y cambian su antiguo programa de los poderes públicos por la conquista individual de las gangas representativas.

3.º Que el partido socialista local y nacional tiene un honor acomodaticio.

Sin contar que el partido socialista, corrompido por la ambición y por concomitancias burguesas, ha perdido el derecho de llamarse partido obrero, porque arrojando por la borda, como lastre inútil, principios y programa, salva sus candidatos con votos burgueses, es decir, con voto de propietarios, industriales, comerciantes, rentistas, ó sea de usurpadores y explotadores de los jornaleros.

En eso fatalmente había de parar el partido socialista. No da más de sí el parlamentarismo á que se aferraron los desviadores del gran movimiento obrero internacional que asombró al mundo hace más de medio siglo.

¿Cómo, si no, hubiera sido diputado Paulino ó Pablo Iglesias, ni cómo habían de aspirar á la carretela municipal dos obreros barceloneses con algunas docenas de electores socialistas con callos en las manos?

ANSELMO LORENZO

Almanaque de TIERRA y LIBERTAD

Está en prensa. Al dar á la imprenta el paquete de originales, después de examinarlos y clasificarlos, hemos sentido satisfacción y orgullo.

«He ahí el resultado de la persecución gubernamental!

Presos, dispersados, perseguidos, vigilados, sometidos al pacto del hambre, muchos sin familia, sin hogar y hasta sin tierra que pisar, llevados y traídos de un puerto á otro á través de los mares, los anarquistas hacemos un libro y lo lanza-

mos á la publicidad para decir al mundo en uno de los idiomas más extendidos:

Somos la verdad y la vida, y sólo por la Anarquía se llega á la justicia social.

El Almanaque de TIERRA y LIBERTAD pudiera titularse:

BA FLOR DE BA PERSECUCIÓN

Este librito constará de unas 200 páginas.

Se venderá á peseta. Los corresponsales tendrán un beneficio de 25 por 100.

Como un sacrificio exige otro, para cumplir el nuestro, nuestros favorecedores acompañarán al pedido el importe.

No olviden los compañeros y los buenos corresponsales que nosotros no tenemos imprenta, ni depósito de papel, ni correo gratuito, ni poder de hacer milagros; sólo tenemos buen deseo, buena voluntad y actividad; todo eso, con lo que convertimos á la burguesía en servidora nuestra, no debe malograrse por culpa de corresponsales morosos y estafadores que se disfrazan de compañeros.

¡Ahí les duele...!

Desde que hubo un listo para decir «esto es mío», existe la propiedad; esto es, el trabajo demuecho acaparado por unos pocos, ó sea, los explotados y los explotadores.

Parece increíble que el rebaño obrero se haya dejado cortar la lana, siendo la gran mayoría y, por lo tanto, pudiendo ser el más fuerte.

Desgraciadamente hasta hoy no lo ha sido, más el espíritu de libertad, «ese soplo de la vida que por todas partes y sin descanso busca abrirse paso» (como dice Reclus en «El Hombre y la Tierra»), avanza constantemente, á pesar de todos los obstáculos, y día vendrá que los corderos, hartos de ser esquilados se volverán leones. Entonces el león será capaz de hacer tragar las tigeras á quien las maneja.

Entre tanto las cosas están organizadas de tal manera que los explotadores disponen de todos los medios para evitar que la producción (llamada por ellos su propiedad) sea adquirida por los que á ello tendrían derecho: esto es, por los trabajadores.

Dicen que el robo consiste en «apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño». La burguesía no produce nada; ella hace producir y se apropia de lo producido por otros. Luego se apropia de lo ajeno y, probablemente, contra la voluntad de su dueño, en tal caso los productores

Verdad es que hay el salario; pero como éste no representa más que una ínfima parte de lo producido, siempre resulta que la burguesía se apropia de lo ajeno. La prueba más evidente es que para guardar sus privilegios ha inventado ese complicado mecanismo de fuerzas, llamadas religión y militarismo.

Con la primera ha sabido siempre mantener al pueblo en la mayor ignorancia y aterrorizarle ante la perspectiva de las penas eternas después de la muerte, sin olvidar las torturas, la cárcel y los autos de fe, á los que en esta vida intencionaron la más mínima resistencia al formidable poder temporal y espiritual de los defensores de la cruz.

La segunda, la más importante, engloba todo lo que representa fuerza: ejército, policía, magistratura, leyes cárceles y todo lo que en la actual sociedad sirve para demostrar á los trabajadores, como la burguesía entiende imponerles el respeto si un día se decidieran á pedirle cuenta de la apropiación del trabajo; esto es, la autoridad en todas sus formas.

Lo más curioso del caso, así como lo más ilógico, es que la burguesía encuentra entre la clase obrera á sus guardianes. Si ella misma defendiera lo que llama *suvo*, fuera muy acertado; pero no se concibe necesite para ello el concurso de sus esclavos, pudiéndose dar el caso que estos comprendieran quienes son los que se apropian de lo ajeno.

A pesar de la tranquilidad aparente, alguna que otra inquietud turba el sueño del burgués. Entonces consiste en dar un mendrugito mayor á sus esclavos, en forma de un poco menos de trabajo ó aumento del mísero salario.

Estas luchas económicas, por las cuales el obrero cree mejorar su precaria situación, son en realidad una ilusión. Todo lo concerniente á la vida, particularmente los artículos de primera necesidad, aumentan de precio de una manera constante á medida que aumenta la mano de obra.

Esto no equivale á afirmar la esterilidad de las luchas económicas; al contrario, ellas son necesarias é inevitables. Lo que sí queremos es demostrar que son más provechosas á la burguesía que al proletariado.

Aun suponiendo estas luchas como otras tantas victorias (y bien sabemos que no lo son todas), el resultado positivo es mínimo, mientras que la burguesía cuando trata de aumentar un género cualquiera le hace en proporción tal, que teniendo en cuenta la mejora obrera, le queda todavía mayor beneficio que antes.

Además por ellas se usan las energías mejor templadas ante la inercia y cobardía de la masa ó ante la traición de algunos, causa siempre de las derrotas, y yo no sé si el pu-

ñado de hombres conscientes que la burguesía sacrifica sin compasión por el hambre y por la cárcel, vale la semilla que otro día crecerá en el campo sindicalista.

Por ahí les duele poco á nuestros burgueses. Sus privilegios no corren gran peligro. También nos toleran las discusiones filosóficas acerca de nuestro ideal y la crítica de la sociedad, queriendo vender la piel del oso antes de haberlo muerto, esto es parafraseando y pasar ó perder el tiempo sobre lo que se hará cuando la Revolución social sea triunfante: les importa un bledo digamos mil pestes de la religión ó seamos ateos, y que los candidatos á municipalidades, diputaciones y otras hierbas sean unos vivos que se aprovechan de la candidez de ese buen Juan llamado pueblo para engordar á su costa.

¿Qué sonrisita tan sañudosa tienen viéndose nos tan ocupados en nuestras inofensivas discusiones!

Pero... ¡Ahí está el pero! En otros tiempos, el más mínimo agravio contra la cruz, símbolo del Dios todopoderoso, era severamente castigado. Hoy el símbolo de la forma más potente de la autoridad, el sable, reemplaza á aquella, castigando con tanta crueldad; lo cual da á pensar que debe ser también de descendencia divina, á juzgar por la inmaculada severidad de sus leyes que exigen ciega obediencia y sin discusión.

Osar atacar, aunque sólo sea con la pluma ó con el grabado, el más sólido sostén de la propiedad, es juzgado como un crimen estúpido y reprimido con gran severidad.

Cuando el pueblo hambriento pide pan, es también un crimen aconsejar á los soldados darles plomo; que allí están sus hermanos y que es indigno é inhumano el matar á semejantes.

Decir que la guerra es la continuación de la barbarie de otros tiempos; que hay necesidad de evitar á toda costa servir de instrumento de destrucción y de muerte, es también considerado como un crimen.

¡Ahí les duele!

No obstante, ese poder se hace más temible cuanto más se da cuenta que el proletariado lo mira como á su mayor enemigo.

Que la burguesía de todo el mundo sepa que el proletariado es también universal y su patria el Universo.

Acordémonos de los inmortales principios de la «Internacional de los Trabajadores», y que sea un hecho la fraternidad entre nosotros todos, sin tener en cuenta las fronteras.

Cuando el proletariado universal esté fuertemente organizado, la guerra será imposible. Un empuje más y este día habrá llegado.

A. C.

Paris

bas leyes y la justicia

He meditado sobre la filosofía del derecho —dijo monsieur Bergeret,— y he visto que toda la justicia social se basa en estos axiomas: el robo es condenable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianzan la seguridad de los individuos y que mantiene el orden en el Estado. Si alguno de esos principios tutelares fuera desconocido, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de una hacha de pedernal y de una espada de bronce volvió con sus compañeros al cercado de piedras donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de renferros. Traían con ellos á las jóvenes y á los jóvenes de las tribus vecinas, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió á un montículo, en medio del cercado, y dijo: «Estos esclavos y este hierro, que he arrebatado á hombres débiles y despreciables son míos. El que ponga sus manos sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha». Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquella infunde confianza á todo el mundo.

Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malvados; la ley no puede ser buena, porque es anterior á toda idea de bondad. Los cambios que se han introducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los juristas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es á lo que debe el ser respetada y el parecer augusta.

Los hombres son propensos á adorar á los dioses malos, y lo que no es cruel no les parece venerable. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de la de los jueces, y piensan, como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he imaginado al ver, en la policía correccional en la Corte de Asises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas del bien y del mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

ANATOLE FRANCE

El Estado desaparecerá con la agonía de la economía capitalística, una vez cese la principal de sus funciones, que es la de (perro guardián) del parasitismo de clase.—P. GORT